

España y su futuro
¿Un país en transformación?
Roberto Mangabeira Unger

sequitur

Indice

| | |
|-------------------------------------|----|
| España y su futuro | 11 |
| La perpetua invención del futuro | 39 |
| La transformación de la experiencia | 50 |
| Quijote | 75 |
| Grandeza de Brasil | 77 |

Presentación

Sabido es que, en su historia, España tuvo por una de sus costumbres no seguir el paso de sus vecinos europeos; sabido es que su modernización fue rezagada y, por mucho tiempo, problemática; sabido es que con la llamada *Transición* esa modernización tardía adquirió un nuevo impulso.

La España democrática se aplicó en darse a sí misma los modelos que otros habían ido decantando de sus experiencias; eran modelos ajenos, precipitados de la historia, moderna, de otros.

Y lo hizo con meticulosidad, porque lo hizo recurriendo a lo que Kant llamó "el juicio determinativo", es decir, aquel que traduce la norma general al caso particular: agarró el modelo y lo aplicó a su circunstancia.

Y lo hizo con tal dedicación que se impregnó del espíritu del alumno aplicado, del afán del opositor que confía en poder ser útil siendo un excelente, pero mecánico y mecanizado, funcionario (*prusianos del sur*, llamaron en las instituciones europeas a los eurofuncionarios españoles al descubrir su eficacia burocrática; Unger habla de *ultracoreanos*).

Y lo hizo con acierto (recordemos que, hasta mediados de los años 80, España era, para las agencias de las Naciones Unidas, un *país en desarrollo*).

España se puso al día, institucional, política, social, económicamente. Parafraseando a Octavio Paz, "por primera vez en la historia, logró ser contemporánea de sus vecinos".

Pero, ¿qué ocurre, cuando aplicados los modelos nacidos de experiencias ajenas, ya no quedan otros disponibles? ¿Qué ocurre cuando los vecinos andan dubitativamente experimentando los límites y caminos de sus precipitados históricos?

Ocurre que sirve usar otro tipo de juicio —el que, otra vez, Kant denominó "juicio reflexivo"—, que de lo particular transita hacia lo general, que de la circunstancia crea una nueva realidad que no se quiere trivial. Es el juicio que, en la historia, usaron nuestros vecinos para ir configurando esas experiencias que España pudo tomar como modelo acabado.

Y aquí es donde nace la sospecha de que quizá a España le falte una modernización por hacer.

Pareciera que, de alumno aplicado, ha pasado a ser un adolescente agitado por un curioso afán deportivo por salir en la foto (de las Azores, de los G7, 8 o 20, de los juegos olímpicos, de los rankings empresariales, etc.). Quiere figurar, se considera aprobado (y, sí, con buena nota) y con derecho a estar.

Pero, ¿qué propone a los demás?; ¿qué se propone a sí misma?

Acaso quede una transición pendiente; una transición que marcaría definitivamente la contemporaneidad de España: la transición cultural: crear un espacio público, un lugar en el que se contrastan y difunden las propuestas de convivencia. En definitiva y por encima de todo, quizá le convendría abrazar una dinámica de la reflexión colectiva, y no ya una mecánica de la aplicación modélica.

Ese espacio público –constituido por el debate político, la universidad, la prensa, la televisión, la empresa, la juventud, etc.–, parece estar, en España, preso en la trivialidad.

Puesto que los españoles ya no pueden ser transitivos con los modelos del pasado ajeno, quizá deberían empezar a transitar reflexivamente por su propia contemporaneidad; quizá deban crear un espacio público ambicioso y exigente; quizá, en definitiva y sobre todo, deban exigirse reflexionar el futuro.

Los textos de Unger que aquí se proponen –y la extraordinaria experiencia de Brasil, desde aquella presidencia que no pudo ser de Tancredo Neves y, más aún, desde la continuidad proyectual marcada por Fernando Henrique Cardoso y Luiz Inácio *Lula* da Silva–, bien podrían servir como acicate para reflexionar sobre cómo construir el futuro sin acudir a lo que dejó de existir: las recetas previas.

ediciones sequitur

Roberto Mangabeira Unger (Río de Janeiro, 1947) es catedrático de la Law School de la universidad de Harvard (donde Barack Obama fue alumno suyo); ha sido, desde el año 2007 hasta el mes de julio de 2009, Ministro extraordinario de Asuntos Estratégicos del gobierno de Luiz Inácio *Lula* da Silva.

Es autor, entre otros libros, de: *Politics: A Work in Constructive Social Theory*, Cambridge University Press, 1987, 3 Vols; *What Should the Left Propose?*, Verso, 2006. *The Self Awakened: Pragmatism Unbound*, Harvard, 2007. *Free Trade Reimagined: The World Division of Labor and the Method of Economics*, Princeton University Press, 2007; *A Segunda Via: Presente e Futuro do Brasil*, Boitempo Editorial, 2001; *Necessidades Falsas*, Boitempo, 2005; *La democracia realizada: la alternativa progresista*, Manantial, 1999 y *La segunda vía*, Porrúa, 2000.

España y su futuro

La tarea

España es hoy un país sin un proyecto que aproveche su potencial. Existe un proyecto dominante en España: se trata de un proyecto, articulado por las elites y por los partidos, que no sirve, en la medida en que no establece una relación íntima con las características más importantes y fecundas de la sociedad española. España, un país relativamente pequeño, se está convirtiendo, debido a la escasa imaginación de los que detentan el poder, en un país simplemente pequeño. Es un país que, al dejar de hablar con voz propia dentro de Europa, está perdiendo contacto con las fuentes de su propia originalidad.

España podría ser un gran país. Se lo permitiría un proyecto alternativo que aprovechara, tanto desde el punto de vista práctico como moral, aquello que distingue a su sociedad y a su cultura. Lejos de contradecir su compromiso con Europa, ese proyecto ofrecería una alternativa a todos los europeos y permitiría a los españoles transformar en fuerza contemporánea la personalidad histórica de la nación.

Esa alternativa no tiene nada de radical en sus métodos. Ninguno de los elementos que la componen es desconocido. Su adopción permitiría cambiar el país para siempre. La corriente política que la promueva dispondría con ello de la baza más importante para gobernar el país.

Pero existe un problema. Ese proyecto exige, más que ideas, un espíritu, ambicioso e incorformista, al que el país parece haber renunciado. ¿Cómo recuperar ese espíritu, sin tener que pagar el precio de las calamidades que marcaron en el siglo pasado la historia de España y Europa?

La paradoja

La tarea nace de una paradoja. La estrategia europea y mundial urdida por las elites españolas parece más apropiada para otro país. Para la España de hoy, es una aberración.

España es en la actualidad un país relativamente igualitario. Esto no quiere decir que no siga siendo, como todas las democracias contemporáneas, una sociedad de clases donde la aleatoriedad del nacimiento influye de manera poderosa en las oportunidades de cada persona. Tampoco significa que no persistan muchas formas de pobreza, dependencia e injusticia. Pero lo cierto es que tiene relativamente pocos pobres así como pocos ricos. El significado de este hecho transcende cualquier medición aritmética de las disparidades de renta y riqueza.

La presencia dominante en el país es la de una clase que disfruta de una prosperidad modesta pero sólida, así como de cierta independencia económica y política. Calificarla como clase media tiene poco sentido, ya que más que *media* se trata de la clase ampliamente *mayoritaria*. Son las otras clases las que pueden calificarse como *extremas*.

Esta clase mayoritaria incluye, entre los muchos segmentos que la componen, una pequeña burguesía tradicional, de pequeños comerciantes y empresarios. Incluye también profesionales de la nueva economía del conocimiento, segmento que, sin embargo, no tiene mayor peso que otros. La gran mayoría de la clase media se desenvuelve en los servicios técnicos y profesionales requeridos por las grandes organizaciones.

En un profundo sentido social, el Reino de España ya es una *república de iguales*. El problema es, por un lado, que estos iguales no

están de hecho en el poder (aunque la clase política se reclute entre ellos), y, por otro, que el proyecto que las elites políticas y empresariales están llevando a cabo no está en sintonía con ese grupo mayoritario, sino que se trata de un proyecto basado en una alianza ajena a los intereses, a los valores y a la personalidad de la nación.

Esta alianza representa un mercantilismo plutocrático, poco imaginativo y de escaso futuro, conducido con igual ahínco por los dos principales partidos políticos, por los principales líderes empresariales y por los que dicen hablar en nombre de toda la nación, empezando por el Rey.

El proceso fue el siguiente. Cuando España se liberó de la dictadura, se integró en Europa y empezó a asimilar el modelo productivo y social de las naciones europeas más libres, prósperas y prestigiosas, el país encontró un espacio europeo atrancado por los países que ya estaban al frente. Dirigió, entonces, sus energías y sus recursos fuera de Europa.

De cara a Europa, España quiso dar ejemplo de austeridad y realismo en la gestión pública. Pero, también, buscó mercados y oportunidades en el resto del mundo, sobre todo en América Latina, aprovechando sus vínculos de familia y de idioma.

Las elites de la política y de los negocios se empeñaron en dos campañas: la *campaña de los contables* y la *campaña de los aventureros*.

Los contables, responsables de la gestión de las cuentas públicas, trataron de mostrar que España se había convertido en un país de personas sensatas, capaces de equilibrar gastos e ingresos, tanto en la vida pública como en la privada, y de vivir ajustándose a sus posibilidades. A los contables se les delegó la misión de satisfacer las obligaciones impuestas por la Comunidad Europea, y de conseguir que el país lograra ser independiente de la ayuda que la Comunidad proporcionaba.

Los aventureros se propusieron desarrollar las oportunidades de negocio conquistando en el mundo los mercados que, por estar ya ocupados o saturados, no ofrecía Europa. España fue como una nueva Corea del Sur, sólo que mejor: con más transparencia, más legalidad, más democracia y mejor educación. Los *ultra-coreanos europeos* se pusieron a pensar, lejos de los periódicos y de las calles, cómo proce-

der con acierto y ganar dinero en el mundo. Dinero que ganarían no sólo para ellos mismos sino, supuestamente, para todo el país.

A la concertación política que posibilitó la transición a la democracia siguió la concertación económica. Ésta tuvo una vertiente de la que se habló abiertamente —el respecto a los salarios, los impuestos o los servicios públicos—, y una vertiente apenas susurrada —referida a los nuevos mercados que debían ser penetrados y a las empresas extranjeras que debían ser compradas.

Todo se hizo con suavidad, casi con guante blanco. Con difíciles y ambiciosas negociaciones entre grandes empresarios, o entre éstos y el gobierno, se fueron levantando mapas del mundo. Y no faltaron, entre los políticos, los notables y la realeza, intermediarios para facilitar y sellar esos acuerdos.

Antes de abordar las distintas críticas que merece el plan elaborado conjuntamente por los contables y los aventureros, conviene adelantar la crítica fundamental: el plan resultante tiene sorprendentemente poco que ver con España, con esa sociedad de iguales, liberados de la pobreza y la ignorancia, pero alejados del poder, de esos iguales que representan hoy a la mayoría de la nación, que representan la naturaleza social y moral del país. Fue como si en las alturas, en las salas de juntas y en los palacios, se hubiese articulado un plan imperial, adaptado a los imperativos de la economía de mercado, pero que prescindió de tomar en consideración los intereses y las preocupaciones de los españoles.

Esto ya había ocurrido antes en la historia española, sólo que en una dimensión mayor y más trágica. Una aventura imperial que dejó a la nación atrás y luego, cuando la aventura acabó, podrida. Llegó entonces mucho oro, pero ese oro no fomentó en España la capacidad de generar riqueza y conocimiento, ni hizo que las relaciones entre los españoles de la península se volvieran más densas y generosas. Por eso, la aventura imperial acabó en ruina.

Ahora todo es diferente. Ya no hay conquistadores con mentes llenas de fervor. Tan sólo hay ejecutivos con imaginaciones estrechas. Y no habrá ruina, incluso cuando la aventura sub-imperial empiece a atascarse. Los españoles de hoy, a diferencia de sus antepasados, continuarán viviendo cómodamente. Queda por determinar si ésto es la

solución o el problema. Tal vez sea sólo el comienzo de otra salida para el país, una salida más adecuada que la actual estrategia nacional para reconocer la España que puede llegar a ser.

El desvío

El terreno privilegiado para la ejecución del plan de expansión económica de España en el extranjero fue América Latina. Incluso en Brasil, España ha llegado a ser el primer inversor extranjero, por encima de Estados Unidos. Hay dos errores en este proyecto expansionista: uno, superficial; el otro, más profundo. Los dos están ligados.

La crítica inmediata es que la estrategia de inversión, a pesar de estar formulada por una comunión de intereses y liderazgos, nunca fue más allá de un oportunismo contraproducente. En muchos países latinoamericanos, las empresas españolas son vistas hoy con desconfianza, como malas socias. Estas compañías se caracterizan por una falta de compromiso con los países que las acogen, manifiestan escaso empeño en estrechar vínculos con las economías locales y transferir tecnologías y conocimientos, así como una falta de compromiso con la gente, que se refleja en que los puestos directivos siguen en manos de españoles y en una falta de interés por aprovechar las aptitudes de la población local. Es una actitud que se reduce a entrar, ganar dinero y mandar el dinero a casa.

La paciencia de los países latinoamericanos ante el mercantilismo miope de las empresas españolas se está agotando rápidamente. Muchos de estos países luchan contra un desequilibrio en sus cuentas externas. Buscan una manera de combinar la sustitución de importaciones con una ampliación de sus exportaciones. Quieren unir los mercados formales e informales de trabajo, y dar a una mayoría marginada acceso al conocimiento, la tecnología, el crédito y los mercados. Saben que sin capacitar a los desfavorecidos no conseguirán ni asegurar el desarrollo ni moderar las desigualdades. Necesitan socios, no aprovechados. Convendría que los aprovechados se transformasen en aliados.